

**150 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO Y DEL BAUTISMO DEL
VENERABLE JOAN COLLELL CUATRECASAS, PRESBÍTERO, FUNDADOR
DE LAS SIervas DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS**

Vic – Casa Generalicia, 19-1-2014

Rvda. Madre General de las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús,
Hermanas del Consejo General,
Hermanas de esta casa, de la residencia de la Madre Pía y de otras
comunidades,
Padre capellán de la casa,
Diácono,
Hermanos todos, hijos amados de Dios.

Hoy junto con toda la Iglesia en el rito latino, celebramos el segundo domingo del tiempo ordinario. Después de la celebración del tiempo de Navidad y antes de entrar en la santa Cuaresma, la Iglesia nos invita a celebrar una parte del tiempo que llamamos ordinario, porque no celebramos ninguno de los tiempos fuertes: el centrado en el misterio de la Encarnación y el que nos invita a celebrar la Pascua, siempre nueva año tras año. Será el evangelio de san Mateo, en sus textos más significativos, el que nos acompañará en este año litúrgico, pero hoy es el evangelio según san Juan el que une, por decirlo así, la fiesta del Bautismo del Señor y la vida pública de Jesús, en la escucha de la predicación de Jesús y sus signos del Reino, presente en él para salvación de todos los hombres.

Acabamos de escuchar en el evangelio cómo Juan el Bautista da testimonio de quién es Jesús: *Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo... He contemplado al Espíritu que bajaba de cielo como una paloma y se posaba sobre él... Ese es el que ha de bautizar con Espíritu Santo... Y yo lo he visto, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios.* Y estas palabras de Juan el Bautista, a la luz del profeta Isaías, se llenan, si cabe, de más luz: *Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra.*

Esta es la revelación que toma característica de anuncio, de buena noticia, para nosotros. Una buena noticia que ha de ser motivo para todos nosotros de gran alegría, de gran consolación y de gran esperanza: nosotros sabemos que el humilde Jesús, el hijo del carpintero, como decían sus conciudadanos, es el Hijo de Dios, convertido en el Siervo de Dios, que quita el pecado del mundo y que atrae hacia él, para presentarlas a Dios, a todas las naciones de la tierra. En este domingo se nos recuerda y se hace más vivo en nosotros el carácter universal de la misión de Jesús y, por tanto, la misión de la Iglesia. Hoy somos invitados a tener un corazón cada vez más y más amplio. No podemos de ninguna manera cerrarnos en nuestros propios intereses, aún los mejores y los más espirituales, sino que nuestro corazón tiene que estar abierto a todos los hombres. Si nos preocupamos solamente de nuestro pequeño grupo, no estamos en verdad unidos al corazón de Jesús. Debemos engrandecer nuestro corazón para sentir como realidad bien nuestra la salvación de nuestros hermanos, como lo siente, lo vive, el corazón de Jesús.

Hoy nuestra «pequeña familia» de las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús, con el obispo diocesano de Vic, bien unida de corazón de la Iglesia, en este domingo, lleno de la luz de Cristo resucitado, vivo entre nosotros, iniciamos un año de gracia, porque queremos dar gracias a Dios por la vida y el testimonio del venerable Joan Collell Cuatrecasas, sacerdote de esta diócesis de Vic y vuestro fundador, en el ciento cincuenta aniversario de su nacimiento.

Sí, queremos dar gracias a Dios por su siervo Joan Collell Cuatrecasas. Él fue en su vida un siervo humilde del Señor, sabiendo tratar con ternura y delicadeza a todos aquellos que Dios puso en su camino, pero también con la fortaleza de los débiles que ponen su confianza solo en Dios: «Todo lo espero de Dios y solo a él acudiré con gran confianza», decía y vivía el venerable Joan Collell.

Queremos dar gracias a Dios por el don suyo a esta ciudad de Vic, a la diócesis, y por las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús, a toda la Iglesia, que fue Joan Collell. Con agradecimiento recordamos aquella mañana del día 20 de enero de 1864 en Vic, cuando en el seno de la familia del matrimonio de Josep y Narcisa, nació un niño, el cual, en el mismo día, en la catedral de esta ciudad era bautizado con los nombres de Juan, Luís, Sebastián. En el mismo día de su vida en este mundo se iniciaba la historia de gracia de Dios y de respuesta libre en el corazón de un siervo humilde de Dios que fue llevado por el camino de aquello que nos recordaba San Pablo en la carta a los Filipenses que hemos escuchado: *Que no busque cada uno sus propios intereses, sino los de los demás.*

La vida de Joan Collell, en su infancia y juventud, transcurre en esta ciudad. En su corazón nace la llamada a la entrega total a Dios, como sacerdote y como jesuita, y, a la par de esta entrega a Dios, una mirada atenta a las necesidades que veía en su entorno. Él se decía a sí mismo: «Cuando seas mayor trabajarás para la fundación de unas religiosas cuya misión sea la de proteger y amparar a las jóvenes obreras.» Fue en el Seminario de Vic, en la calle Sant Just, donde su corazón, dócil a la acción del Espíritu Santo, va plasmándose para ser *alter Christus*, presencia de Cristo en el ministerio sacerdotal. Fue el gran obispo de Vic, Josep Morgades y Gil, quien le ordenó de diácono y después de presbítero. «¡Oh, Señor!, ya que me habéis elegido para ministro vuestro, dadme la santidad que se necesita. Mirad que soy pobre y falto de ella, pero confío en que Vos me ayudaréis a conseguirla... Yo, por mi parte, corresponderé a vuestra inspiración», expresaba Joan Collell.

Los primeros pasos de la vida sacerdotal los hace como vicario en la parroquia de Sant Quirze y Santa Julita de Muntanyola. Él expresaba en unos ejercicios: «El sacerdote debe ser sal de la tierra, luz puesta en el candelero, ciudad construida en la cima de un monte; esto es, el sacerdote debe ser ejemplo en el que se mire el pueblo», y en la parroquia deja el testimonio de fervor religioso, de unción, de sencillez, de humildad, de servicio, de caridad, de comunión. En sus palabras traía fuego evangélico. Su corazón se enardecía con sus dos grandes amores: el Sagrado Corazón de Jesús y María Santísima.

Su vida sacerdotal se desarrolla después en los ministerios de maestro de colegiales del Seminario Diocesano y beneficiado, primero de la Piedad y después de la catedral. En todos los ministerios manifiesta su dedicación plena al servicio de las almas, para mayor gloria de Dios. Son sus apostolados diarios la confesión y la celebración de la Eucaristía, así como el servicio sacerdotal a los enfermos y la dedicación al Apostolado de la Oración y la predicación. La gran «debilidad» que se manifiesta en todo momento es la estima y devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Pero unida a esta estima al Sagrado Corazón de Jesús nace en su corazón otra obra, las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús. Esta es para él la Obra del Sagrado Corazón de Jesús, que antes de tener ninguna joven que pudiera ingresar en esta futura obra, él ya ve como realidad querida por Dios a favor de las obreras, a mayor gloria de Dios.

Y el Señor le dio las dos primeras jóvenes, Pía Criarch, nacida en Collsuspina y residente en Castellterçol, y Carmen Soler, de Malla, que fueron recibidas en la casa para ayudar a las niñas con problemas. Fueron los principios de una gran obra, que como toda obra de Dios empieza con mucha pobreza, pero con mucha confianza en Dios. Las obras de Dios no siempre empiezan con la comprensión de todos, pero con el tiempo Dios abre las puertas del corazón de aquellos que tienen el discernimiento de la Iglesia. Y el obispo Josep Morgades se transforma en impulsor de la obra de D. Joan Collell, ampliando con ella su acción social y secundando mejor los deseos de Leon XIII, que pedía la presencia de la Iglesia en el mundo obrero.

Así empieza a andar la obra de Dios que pasó por el corazón del venerable Joan Collell Cuatrecasas, que es, con palabras suyas: «Pequeña Obra del Sagrado Corazón de Jesús, cuyo fin característico es la fundación de unos talleres cristianos, donde las jóvenes obreras, a la par que el pan material, hallen el pan del alma, bajo la inmediata dirección de las religiosas unidas a la misma Obra por los santos votos de pobreza, castidad y obediencia, y observancia de las Reglas que en su tiempo se den, y sujeción a los legítimos superiores; y unidas entre sí y con las jóvenes obreras con los dulces y sagrados vínculos de la caridad cristiana». Y una obra que pide una mirad propia, expresada con otras palabras suyas bien significativas: «Miren a las obreras como joya de infinito valor, pues cuestan la Sangre de Cristo... y a quienes mucho ama el Corazón de vuestro divino esposo... Ámenlas como una madre ama a sus hijas y procuren así imitar el amor que a vosotras os tiene Cristo Jesús.»

Obra de Dios a la que dedicó grandes esfuerzos, no exentos de dificultades, para acompañar como padre, con respeto y firmeza, que son actitudes propias de toda paternidad. Y lo que es Dios perdura en el tiempo. Todas vosotras y las hermanas presentes en Europa, en América y en África así lo manifestáis.

Vuestra presencia hoy en este eucaristía es de agradecimiento por la vida y la obra del venerable Joan Collell Cuatrecasas. Solamente os quiero recordar aquellas palabras del profeta Isaías: «Considerad la roca de donde

fuisteis tallados, la cantera de donde fuisteis sacados» (Is 51,1). La fidelidad al carisma que habéis recibido en la Iglesia, pasa ineludiblemente por tener presente el corazón de aquel por el cual pasó el don del Espíritu para vosotras y vuestras obras, para bien de la humanidad y gloria de Dios. Joan Collell expresaba en su aceptación de la muerte, en diálogo amoroso y confiado con Jesús: «Uno mis suspiros con los de vuestro Sagrado Corazón, y el último suspiro que dé mi corazón con el último que dio el vuestro en el sagrado madero.» Así vivió y murió la roca donde fuisteis talladas; que así también viváis y muráis cada una de vosotras, hermanas siervas del Sagrado Corazón de Jesús; no solamente amando como el Sagrado Corazón de Jesús, sino también amando con el Corazón de Jesús, amando por el Corazón de Jesús y amando en el Corazón de Jesús.

Que María, la «mareta», como le llamaba vuestro padre fundador, os ayude a dar siempre y cada día vuestro «sí» a la obra de salvación de Dios, en su Hijo Jesucristo, como ella lo dio y así poder vivir aquí y ahora, en este nuestro mundo, la gran aventura de enamorar de Jesús a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y se lo pedimos con palabras del Papa Francisco:

«Virgen y Madre María, tú que, movida por el Espíritu, acogiste al Verbo de la vida en la profundidad de tu humilde fe, totalmente entregada al Eterno, ayúdanos a decir nuestro «sí» ante la urgencia, más imperiosa que nunca, de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús. Amén. Aleluya.» (*Evangelii gaudium*, 288).